

Otras fotos de mamá

Félix Bruzzone

Ayer, sábado, conocí a Roberto, un ex novio de mamá que militó en el PC y que logró escapar del país justo antes de que ella desapareciera. Yo había hecho el contacto por un tío mío que fue compañero de él en la secundaria, así que en la semana lo llamé y él me invitó a su casa, donde me recibió emocionado.

La casa, bastante cómoda, parecía muy grande, pero no sé si en verdad lo era o si la impresión se debía a la gran cantidad de luz que entraba por un techo de vidrio. Nos sentamos en el living y al principio Roberto habló de mamá y me mostró dos fotos: en una están los dos abrazados en la orilla de un canal; en la otra, ella fuma en un balcón y mira hacia abajo. Cuando le pregunté si tenía copias, dijo que podía hacerlas y prometió que iba a buscar más fotos. Después me invitó a almorzar y acepté. La mujer de Roberto, Cecilia, dijo que había preparado una salsa de tomates y nueces, y antes de que la probáramos ya hablaba de su exquisito sabor.

Durante el almuerzo Roberto habló de su exilio. Supongo que le gusta contar esas historias. Cecilia no dijo casi nada y yo solo intervine para asentir o para que Roberto siguiera con su relato: habló de Roma, de una novia italiana y del hijo que tuvieron juntos, que ahora vive en Turín y cada vez que viaja le envía postales desde lugares insólitos. De mamá, en cambio, dijo bastante poco. No tenía claro cuándo habían estado juntos por última vez ni por qué habían dejado de verse.

Más tarde, mientras me alentaba en mi búsqueda y prometía averiguar entre algunos conocidos, recordé que una mañana, poco antes de que nadie supiera más de mamá, se habían cruzado por casualidad en una esquina. Él esperaba el colectivo -era invierno pero hacía calor- y cuando de pronto la vio acercarse su primera intención fue saludarla, pero ella le hizo un ademán para que no lo hiciera y entonces él se quedó en el lugar, casi inmóvil, y se limitó a devolver el gesto. Eso era todo. No sabe si ya en-

tonces la perseguían, pero sí que él no había tardado mucho en abandonar el país porque las cosas, para todos, se habían complicado más de lo que esperaban.

Nos despedimos alrededor de las cuatro. Parte del cielo, antes despejado, se había cubierto de nubes negras. Lo último que dijo Roberto -miraba el techo de vidrio como si sobre él fuera a ocurrir algo importante- fue que pronto empezaría a llover.

Como Cecilia también tenía que salir me ofrecí a llevarla. Ella tenía una clase de pintura y el lugar me quedaba de paso. En el camino hablamos de cualquier cosa. Ella había conocido a Roberto en un curso y vivían juntos desde hacía dos años. Tenía dos hijos de su primer matrimonio, uno de mi edad y el otro, más chico, que todavía vivía con ella. En realidad, nada de lo que decía me importaba mucho, y me sentía algo inquieto. Me preguntaba cuántos años podía tener Cecilia, pero más me preocupaba saber nuevos detalles de la mañana en que Roberto había visto a mamá por última vez. ¿Dónde había sido? ¿Cuánto antes de la desaparición? ¿Sería esa la última noticia que yo tendría de ella o alguna vez lograría saber algo más? Por otra parte, me daba la sensación de que el encuentro con Roberto había generado más cosas para él que para mí. Él, antes de hablar de la tormenta próxima, había dicho que quería caminar, y yo supongo que sí, que quería, pero también estoy casi seguro de que caminar, para él, era una especie de necesidad, una urgencia tibia antes de volver a su casa y organizar algo para la noche.

El auto avanzaba lento, así que hablamos bastante pero no sé bien de qué porque mientras Cecilia hablaba yo pensaba en mamá y en esas cosas que pienso cuando me pongo triste: los parques llenos de gente, el sol, las sombrillas que tapan el sol y yo que llego cuando ya no hay lugar ni sombrilla y que entonces me tengo que quedar solo a un costado.



Ilustraciones: Juan Lima

Antes de doblar en la calle donde quedaba el lugar en que Cecilia toma sus clases, ella recordó que tenía que comprar algo para su hijo menor. Dijo que él jugaba al rugby y que le había pedido el favor de comprar tapones para los botines: el domingo tenía un partido importante. Y ahora el problema era que ella, al salir, no iba a encontrar nada abierto. Le daba pena defraudarlo, él no se merecía algo así. Entonces le dije que yo podía comprarlos y que ella, después, pasara a buscarlos por casa. Al principio se negó, dijo que ya iba a ver cómo se arreglaba, que con acercarla a su clase era suficiente, todas cosas así, muy amables, pero cuando insistí no tardamos en ponernos de acuerdo. Yo iba a estar en casa hasta tarde, pensaba escribir en mi cuaderno de cosas de mamá todo lo que había dicho Roberto y después emborracharme. Siempre que averiguo algo sobre mamá compro dos o tres botellas de vino y las tomo solo en el patio.

Pero no hice nada de eso. Sólo compré los tapones, recordé el tiempo en que los compraba para mis propios botines de rugby, y esperé que llegara Cecilia.

Cerca de las seis la tormenta adelantó la noche. Hubiera sido necesario encender alguna luz pero preferí dejar todo a oscuras. Los dos amigos que viven conmigo habían avisado que no iban a dormir en casa y me gustaba oír los golpes de las gotas contra el techo sin nada que me distrajera. Me pregunté en qué pensaría Roberto y si él se preguntaría algo sobre mamá o incluso sobre mí. Supuse que si él había salido a caminar era probable que hubiera tenido que refugiarse de la lluvia. Imaginé que en algún café ocupaba una mesa junto a la ventana, que pedía un trago, que el agua sobre el vidrio le traía recuerdos de sus años en Europa. Roma -yo siempre quise ir a Roma-, novia romana, pequeña habitación con vista a edificios desteñidos por la luz -yo una vez vi fotos así, la luz odiosa

contra las paredes-, amigos exiliados y, de a poco, la impresión de haber salido de una pesadilla en el momento en que despertar sólo añade dolor al dolor, terror a un terror sin límite.

También recordé mis propias pesadillas. Mejor dicho, la pesadilla persecutoria que se había repetido durante años. En ella siempre alguien, o algo -algo que quizá solo era la sensación de ser perseguido-, me acechaba desde un lugar invisible. Las calles familiares se convertían en pasajes estrechos donde los edificios, huecos, eran iluminados por

y despedirla con alguna frase cordial y la promesa de volver a hablar con Roberto por lo de las fotos. Pero al abrir y verla afuera, mojada, me pareció mejor hacerla pasar.

Mientras entrábamos encendí varias luces y ella explicó que había querido caminar porque mi casa no quedaba lejos, pero que no había pensado que iba a llover tanto y que en la última cuadra, toda de casas bajas y sin balcones, se había empapado. Le ofrecí una toalla y le pregunté si quería tomar algo caliente. Ella aceptó.

En el baño solo encontré el toallón que uso después de



una oculta fuente de luz. Y yo, en medio de aquella resolana deforme, corría -mis pasos no hacían ruido- y nunca giraba para ver si mi perseguidor estaba cerca o lejos. Y por raro que parezca, lo que me producía mayor terror no era la proximidad sino la distancia. Y entonces, antes de ser atrapado, y antes de lograr escapar, despertaba y me quedaba inmóvil en la cama durante algunos segundos hasta que me levantaba para ir a la habitación de mi abuela. Todo lo que ocurría entre mi cama y la de ella -mis pasos sobre la alfombra, mi dedo sobre la llave de luz, mi mano al abrir la puerta de mi habitación y al abrir la puerta de la habitación de ella- producía el mismo silencio que mis pasos en el sueño.

No sé durante cuánto tiempo pensé en mis pesadillas, pero cuando Cecilia tocó el timbre yo todavía intentaba recordar las palabras de mi abuela cada vez que me hacía volver a dormir; y quizá por eso, de alguna manera, me pareció que no era Cecilia la que llegaba a casa sino mi abuela, o mamá, o que las dos juntas llegaban después de haber ido a comprar algo para la cena.

El timbre volvió a sonar dos veces y recién entonces tanteé sobre la mesa en busca de los tapones. Cuando los encontré fui hasta la puerta, pensaba entregárselos a Cecilia

bañarme y como no estaba húmedo se lo alcancé. Y mientras ella empezaba a secarse noté el cambio: la que estaba ahí no era Cecilia, o era la Cecilia de muchos años antes. Todo, incluso la situación de estar en una casa donde vivían tres personas jóvenes, la rejuvenecía: los zapatos salpicados con la suciedad de la calle, las medias arrugadas sobre las rodillas, el perfume mezclado con el olor del agua, la cara algo enrojecida por la agitación de haber caminado rápido; todo eso y además el pelo, inflado por la humedad y cubierto por una especie de corona de pequeñas gotas que brillaban a la luz de la lámpara del comedor.

Mientras yo preparaba café, Cecilia preguntó si podía llamar a Roberto para avisarle que iba a llegar más tarde, pero la lluvia había dejado el teléfono sin tono. Le dije que podía ser que él tampoco hubiera vuelto y ella, como yo, supuso que debía haberse refugiado en un bar hasta que pasara la tormenta.

Cuando el café estuvo listo, ella lo tomó de a pequeños sorbos y yo pensé en uno de los chicos que alquilan conmigo, que viajó a París, trabajó en una cafetería y se trajo de allá todas las clases de café que uno se pueda imaginar. Ahora es un fanático, colecciona frascos de las variedades más insólitas y los guarda como si en cada uno

hubiera un gran secreto. Así que ver a Cecilia sentada a la mesa, en silencio, el café humeante en el pocillo que se llevaba a la boca, me hizo creer que ella también guardaba algún secreto, y que si la dejaba hablar podía llegar a contármelo.

Y habló, pero no de mamá ni de Roberto ni de nada de lo que yo esperaba. Por un momento yo había llegado a pensar que ella podría revelarme algo fuerte, algo como que Roberto era mi padre o que él había tenido algo que ver con la muerte de mamá. Siempre que un desconocido me habla de mamá espero ese tipo de historias. Hace poco me contaron una en la que dos policías, por una denuncia accidental, llegaban a la casa donde se ocultaban mamá y algunos de los de su grupo. El temor, el nerviosismo, la estupidez, hacían que uno de los de adentro ametrallara al policía que había tocado el timbre; el otro, que lograba esquivar las balas, pedía refuerzos y acudían al lugar un carro de asalto, un camión lleno de soldados y un helicóptero. La tarea era sencilla: mientras un grupo abría fuego sobre la casa, dos o tres se acercaban un poco más y arrojaban varias granadas que, al explotar, dejaban una nube de polvo y humo negro, una montaña de escombros y, bajo esos escombros, los desafortunados cuerpos sin vida de mamá y de sus amigos.

En lugar de contar algo así, Cecilia dijo que el café era una delicia y quiso saber cómo estaba preparado. Dije que no era nada especial, que quizá lo especial era la variedad; y que cuando uno llega de afuera, mojado y después de haberla pasado mal bajo la lluvia, cualquier café puede ser delicioso.

Ella, quizá algo incómoda, cambió de tema: empezó a hablar de los taponos para los botines de su hijo. Nunca me hubiera imaginado que una mujer pudiera interesarse por algo como eso. Sabía tanto de botines que estuve a punto de preguntarle si trabajaba en alguna casa de ropa deportiva. Después dijo que estaba feliz por haber podido cumplir con la promesa de comprarlos y habló de su separación, de cuánto había significado para su hijo, habló de problemas escolares y de la no muy buena relación que el chico tenía con Roberto. Supongo que ella es capaz de hablar de eso por mucho tiempo. En realidad, no sé cuánto tiempo lo hizo, pero sí que en un momento preferí volver a hablar del café, y en cuanto la lluvia se hizo más débil la acompañé a buscar un taxi.

Caminamos hasta la avenida cubriéndonos bajo las copas de los árboles, aunque a veces con el viento era peor. En las calles oscuras la lluvia era un ataque invisible, irreal, del que no había manera de defenderse. Cuando logramos cubrirnos debajo de un toldo estuve por decirle esto a Cecilia, pero en lugar de eso dije que iba a llover el

resto de la noche. Ella esperaba que no, y dijo que no le gusta cuando su hijo juega con la cancha llena de charcos y de barro.

Debajo de ese toldo tuvimos que esperar bastante. Hablamos de lo inestable del tiempo en esta época del año y de lo difícil que resulta encontrar un taxi libre los días de lluvia. Cuando al fin uno se detuvo, nos despedimos y todo fue tan rápido que me olvidé de pedirle que le recordara a Roberto lo de las fotos. El taxista giró en U en medio de la avenida y pensé que cuando llueve es más fácil violar las leyes de tránsito. Luego el taxi se alejó veloz y antes de que llegara a la plaza lo perdí de vista.

Debían ser las nueve y la lluvia se hacía más fuerte. Enfrente, a mitad de cuadra, las luces encendidas del supermercado de los chinos me hicieron suponer que el lugar seguía abierto. Crucé y avancé hacia las luces. A esas horas la caja la atiende el dueño, un chino bastante gordo que mientras yo elegía los dos vinos que ahora sí quería tomar, me miró con desconfianza. Después, cuando estaba por pagar, me dijo algo incomprensible, quizá el precio, y como vi que afuera la tormenta arreciaba se me ocurrió que tomar algo de vino iba a facilitar el regreso. Le pedí al chino si tenía algo para abrir una de las botellas y él metió la mano en un cajón lleno de papeles, tapitas y corchos. Por un momento creí que no me había entendido, pero entonces sacó un trapo, lo colocó sobre el fondo de la botella y, luego de sacar el papel de aluminio, empezó a golpearla contra una columna. El corcho no tardó en asomar, y cuando más de la mitad estuvo afuera, él terminó de sacarlo con los dedos. Sonreí. Él sonrió, le ofrecí que tomara y tomó. Después tomó un poco más y volvió a sonreír. Dijo otras palabras incomprensibles y me pasó la botella. Tomé un poco, él me miró como en busca de aprobación. Asentí, tomé varios tragos seguidos y él aplaudió. Después señaló hacia la calle, supongo que para decir que me quedara hasta que pasara la tormenta. Entonces fue hasta el fondo del supermercado y volvió con una silla. Me senté, él bajó las persianas y también se sentó y pronto tomamos el resto de la botella. Después tomamos la otra y cuando la terminamos él, siempre sonriente, trajo cuatro o cinco más. Supongo que en algún momento me quedé dormido, que vomité, que me sentí bien y que me sentí mal, muy mal, que lloré; y creo que cuando me fui -empezaba a amanecer y del temporal quedaba sólo una lluvia suave- el chino, sentado en el suelo, apoyado contra una de las góndolas, aún sonreía.

Félix Bruzzone nació en 1976 y es hijo de padres desaparecidos. El cuento que se reproduce pertenece a su primer libro de relatos 76, de Editorial Tamarisco. Bruzzone publicó también una novela, *Los Topos*, editada este año por Mondadori. Tiene, además, una novela corta inédita, *Luces bajas*.